

les —que han sufrido directamente las repercusiones de la crisis del sistema de enseñanza— están más dispuestos a expresar o permitir que se exprese en las formas más brutales lo que hasta ahora no era más que un elitismo de gente bien educada (me refiero a los buenos alumnos). Pero también hay que preguntarse por qué ha aumentado la pulsión que lleva al racismo de la inteligencia. Pienso que se debe en gran parte al hecho de que el sistema escolar se ha enfrentado en últimas fechas a problemas sin precedentes, con la irrupción de gente desprovista de las disposiciones socialmente constituidas que el sistema requiere en forma tácita; es gente, sobre todo, cuyo número devalúa los títulos escolares y al mismo tiempo los puestos que van a ocupar gracias a estos títulos. De allí el sueño, que ya se ha hecho realidad en ciertos ámbitos, como en la medicina, del *numerus clausus*. Todos los racismos se parecen. El *numerus clausus* es una especie de proteccionismo análogo al control de inmigración, una respuesta contra el amontonamiento que suscita el fantasma de las masas, de la invasión por la masa.

Siempre se está dispuesto a estigmatizar al estigmatizador, a denunciar el racismo elemental, "vulgar", del resentimiento pequeñoburgués. Pero eso es demasiado fácil. Debemos jugar al "regador regado"¹ y preguntarnos cuál es la contribución de los intelectuales al racismo de la inteligencia. Sería bueno estudiar el papel de los médicos en la medicalización, es decir, en la naturalización de las diferencias sociales, de los estigmas sociales, el papel de los psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas en la producción de los eufemismos que permiten designar a los hijos de los subproletarios o de los emigrados de tal forma que los casos sociales se conviertan en casos psicológicos, las deficiencias sociales en deficiencias mentales, etcétera. En otras palabras, habría que analizar todas las formas de legitimación del segundo orden que vienen a reforzar la legitimación escolar como discriminación legítima sin olvidar los discursos de aspecto científico, el discurso psicológico, y las propias palabras que pronunciamos.²

¹ Alusión a una película de Lumière.

² El lector encontrará análisis complementarios en Pierre Bourdieu, "Classement, déclassement, reclassement", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 24, noviembre de 1978, pp. 2-22.

Bourdieu "Sociología y cultura"
281 al final.

SOC 18-20
18c.

Espacio social y génesis de las "clases"*

La construcción de una teoría del espacio social supone una serie de rupturas con la teoría marxista: ruptura con la tendencia a privilegiar las sustancias —en este caso, los grupos reales cuyo número y cuyos límites, miembros, etcétera, se pretende definir— en detrimento de las relaciones y con la ilusión intelectualista que lleva a considerar la clase teórica, construida científicamente, como una clase real, un grupo efectivamente movilizado; ruptura con el economicismo que lleva a reducir el campo social —espacio pluridimensional— al campo meramente económico, a las relaciones de producción económica, constituidas de ese modo en coordenadas de la posición social; ruptura, por último, con el objetivismo, que corre parejo con el intelectualismo y lleva a ignorar las luchas simbólicas cuyo lugar son los diferentes campos y su disputa la representación misma del mundo social y en particular la jerarquía en el interior de cada uno de los campos y entre los diferentes campos.

El espacio social

En un primer momento, la sociología se presenta como una *topología social*. Se puede representar así al mundo social en forma de espacio (de varias dimensiones) construido sobre la base de principios de diferenciación o distribución constituidos

* Traducción: Roberto Bein y Marcelo Sztrum, en *Espacios*, Buenos Aires, núm. 2, julio-agosto de 1985. Versión original publicada en *Actes de la recherche en sciences sociales*, núms. 52-53, París, junio de 1984.

¹ Una versión abreviada de este texto se pronunció en el marco de las "Conferencias sobre las ciencias filosóficas y sociales" en la Universidad de Francfort del Meno, en febrero de 1984.

das en los *status* sociales perdurables, socialmente reconocidos o jurídicamente garantizados, entre agentes objetivamente definidos por su posición en esas relaciones; determina los poderes actuales o potenciales en los diferentes campos y las probabilidades de acceso a los beneficios específicos que los campos proporcionan.⁴

El conocimiento de la posición ocupada en ese espacio contiene una información sobre las propiedades intrínsecas (condición) y relacionales (posición) de los agentes. Esto se ve con particular claridad en el caso de los ocupantes de posiciones intermedias o medias que, además de los valores medios o medianos de sus propiedades, deben cierto número de sus características más típicas a que están situados *entre* los dos polos del campo, en el punto *neutro* del espacio, y a que fluctúan entre ambas posiciones extremas.

Clases "en el papel"*

Sobre la base del conocimiento del espacio de las posiciones podemos recortar *clases* en el sentido lógico del término, es decir, conjuntos de agentes que ocupan posiciones semejantes y que, situados en condiciones semejantes y sometidos a condicionamientos semejantes, tienen todas las probabilidades de tener disposiciones e intereses semejantes y de producir, por lo tanto, prácticas y tomas de posición semejantes. Esta clase "en el papel" tiene la existencia teórica propia de las teorías: en la medida en que es producto de una clasificación explicativa, del todo análoga a la de los zoólogos o los botánicos, permite explicar y prever las prácticas y las propiedades de las cosas clasificadas y, entre otras cosas, las conductas de las reuniones grupales. No es en realidad una clase, una clase actual, en el sentido de grupo y de grupo movilizado para la lucha;

⁴ En ciertos universos sociales, los principios de división que, como el volumen y la estructura del capital, determinan la estructura del espacio social, se ven forzados por principios de división relativamente independientes de las propiedades económicas o culturales, como la pertenencia étnica o religiosa. La distribución de los agentes aparece en ese caso como el producto de la intersección de dos espacios parcialmente independientes, y una etnia situada en una posición inferior en el espacio de las etnias puede ocupar posiciones en todos los campos, incluso las más altas, pero con tasas de representación inferiores a las de una etnia situada en una posición superior. Cada etnia puede caracterizarse también por las posiciones sociales de sus miembros, por la tasa de dispersión de esas posiciones y, finalmente, por su grado de integración social a pesar de la dispersión (la solidaridad étnica puede tener como efecto el asegurar una forma de movilidad colectiva).

* *Classes sur le papier* en el original.

en rigor podríamos hablar de *clase probable*, en tanto conjunto de agentes que opondrá menos obstáculos objetivos a las empresas de movilización que cualquier otro conjunto de agentes.

Contra el *relativismo nominalista* que anula las diferencias sociales reduciéndolas a meros artefactos teóricos, debemos afirmar así la existencia de un espacio objetivo que determina compatibilidades e incompatibilidades, proximidades y distancias. Contra el *realismo de lo inteligible* (o la reificación de los conceptos) debemos afirmar que las clases que pueden recortarse en el espacio social (por ejemplo, para las necesidades del análisis estadístico que es el único medio de manifestar la estructura del espacio social) no existen como grupos reales, aunque expliquen la probabilidad de constituirse en grupos prácticos, familias (homogamia), clubes, asociaciones e incluso "movimientos" sindicales o políticos. Lo que existe es un *espacio de relaciones* tan real como un espacio geográfico, en el cual los desplazamientos se pagan con trabajo, con esfuerzos y, sobre todo, con tiempo (ir de abajo a arriba es elevarse, esforzarse en subir y elevar las marcas o los estigmas de tal esfuerzo). Aquí las distancias también se miden en tiempo (de ascenso o de reconversión, por ejemplo). Y la probabilidad de la movilización en movimientos organizados, con aparato, portavoz, etcétera (precisamente aquello que nos hace hablar de "clase") será inversamente proporcional al alejamiento en ese espacio. Si bien la probabilidad de reunir real o nominalmente —por medio de un delegado— un conjunto de agentes es tanto mayor cuanto más próximos estén en el espacio social y cuanto más restringida y entonces más homogénea sea la clase construida a la que pertenecen, la reunión de los más cercanos nunca es *necesaria* ni fatal (porque los efectos de la competencia inmediata pueden impedir la visión), así como tampoco es *imposible* la reunión de los más alejados. Aunque haya mayores probabilidades de movilizar en el mismo grupo real al conjunto de obreros que al conjunto de patronos y obreros, en el caso de una crisis internacional, se podría, por ejemplo, provocar una unión a partir de los lazos de identidad nacional (en parte porque por su propia historia cada uno de los espacios sociales nacionales tiene su propia estructura, por ejemplo en materia de separaciones jerárquicas en el campo económico).

Como el ser según Aristóteles, el mundo social se puede de-

“subjetiva”, está estructurada porque los esquemas de percepción y de apreciación susceptibles de funcionar en un momento dado, y en particular aquellos depositados en el lenguaje, son el producto de luchas simbólicas anteriores y expresan, de manera más o menos transformada, el estado de las relaciones de fuerza simbólicas. Pero además, los objetos del mundo social se pueden percibir y decir de diferentes maneras porque, como los objetos del mundo natural, comportan siempre una parte de indeterminación y evanescencia que se debe a que aun las combinaciones más constantes de propiedades, por ejemplo, sólo se basan en vínculos estadísticos entre rasgos sustituibles, así como a que, en tanto objetos históricos, están sometidos a variaciones de orden temporal y a que su propia significación, en la medida en que está suspendida en el futuro, está en suspenso, en espera, y por lo tanto, relativamente indeterminada. Esta parte de juego, de incertidumbre, es la que da un fundamento a la pluralidad de las visiones del mundo, y está vinculada con la pluralidad de los puntos de vista, con todas las luchas simbólicas por la producción e imposición de la visión del mundo legítima y, más precisamente, con todas las estrategias cognitivas de llenado que producen el sentido de los objetos del mundo social más allá de los atributos directamente visibles por la referencia al futuro o al pasado: esta referencia puede ser implícita y tácita, con lo que Husserl llama la protensión y la retención, formas prácticas de prospección o de retrospectión que excluyen la posición del futuro y del pasado como tales; puede ser explícita, como en las luchas políticas, donde el pasado, con la reconstrucción retrospectiva de un pasado ajustado a las necesidades del presente (“¡Aquí estamos La Fayette!”*) y sobre todo el futuro, con la previsión creadora, son permanentemente invocados para determinar, delimitar, definir el sentido, siempre abierto, del presente.

Recordar que la percepción del mundo social entraña un acto de construcción no implica en modo alguno aceptar una teoría intelectualista del conocimiento: lo esencial de la experiencia del mundo social y del trabajo de construcción que esta experiencia implica se opera en la práctica, sin alcanzar el ni-

* Es la frase dicha por el ejército estadounidense al entrar a París a fines de la primera guerra mundial, sobre la tumba de La Fayette.

vel de la representación explícita ni de la expresión verbal. Más cercano a un inconsciente de clase que a una “conciencia de clase” en el sentido marxista, el sentido de la posición ocupada en el espacio social (lo que Goffman llama el “*sense of ones's place*”) es el dominio práctico de la estructura social en su conjunto, que se ofrece mediante el sentido de la posición ocupada en esa estructura. Las categorías de la percepción del mundo social son, en lo esencial, el producto de la incorporación de las estructuras objetivas del espacio social. En consecuencia, inclinan a los agentes a tomar el mundo social tal cual es, a aceptarlo como natural, más que a rebelarse contra él, a oponerle mundos posibles, diferentes, y aun, antagonistas: el sentido de la posición como sentido de lo que uno puede, o no, “permitirse” implica una aceptación tácita de la propia posición, un sentido de los límites (“esto no es para nosotros”) o, lo que viene a ser lo mismo, un sentido de las distancias que se deben marcar o mantener, respetar o hacer respetar. Todo ello se manifiesta sin duda con una fuerza tanto mayor cuanto más penosas sean las condiciones de existencia y más rigurosamente impuesto el principio de realidad (de ahí el profundo realismo que suele caracterizar la visión del mundo de los dominados y que, al funcionar como una especie de instinto de conservación socialmente constituido, sólo puede parecer conservador por referencia a una representación exterior, por tanto normativa, del “interés objetivo” de aquellos a quienes ayuda a vivir, o a sobrevivir).⁶

⁶ Ese sentido de las realidades no implica de ninguna manera una conciencia de clase en sentido psicosociológico, el menos irreal que puede darse a ese término, es decir una *representación explícita* de la posición ocupada en la estructura social, y de los intereses colectivos correlativos; y menos aún una *teoría de las clases sociales*, es decir, no sólo un sistema de clasificación fundado en principios explícitos y lógicamente controlados, sino también un conocimiento riguroso de los mecanismos responsables de las distribuciones. De hecho, para acabar con la metafísica de la toma de conciencia y de la conciencia de clase, especie de *cogito* revolucionario de la conciencia colectiva de una entidad personificada, basta examinar las condiciones económicas y sociales que posibilitan esa forma de distancia con respecto al presente de la práctica que suponen la concepción y la formulación de una representación más o menos elaborada de un futuro colectivo (es lo que yo había esbozado en mi análisis de las relaciones entre la conciencia temporal, y en especial la capacidad para el cálculo económico racional, y la conciencia política entre los trabajadores argelinos).

que sólo hay diferencia socialmente conocida y reconocida para un sujeto capaz no sólo de percibir las diferencias, sino también de reconocerlas como significantes, interesantes, es decir, para un sujeto provisto de la aptitud y la inclinación a *hacer* las diferencias que se tienen por significativas en el universo social considerado.

Así, en particular mediante las propiedades y sus distribuciones, el mundo social accede, en la objetividad misma, el estatuto de *sistema simbólico*, el cual, como un sistema de fonemas, se organiza según la lógica de la diferencia, de la separación diferencial, de esta manera constituida como *distinción significativa*. El espacio social y las diferencias que en él se trazan "espontáneamente" tienden a funcionar simbólicamente como *espacio de los estilos de vida* o como conjunto de *Stände*, de grupos caracterizados por estilos de vida diferentes.

La distinción no implica necesariamente, como suele creerse a partir de Veblen y su teoría de la *conspicuous consumption*, la búsqueda de la distinción. Todo consumo y, más en general, toda práctica son *conspicuous*, visibles, hayan sido realizados o no *para ser vistos*, son distintivos, hayan estado o no inspirados por la intención de hacerse notar, de singularizarse (*to make oneself conspicuous*), de distinguirse o de actuar con distinción. En este sentido, la práctica está destinada a funcionar como *signo distintivo* y, cuando se trata de una diferencia reconocida, legítima, aprobada, como *signo de distinción* (en los diferentes sentidos del término). Por otra parte, los agentes sociales, al ser capaces de percibir como distinciones significantes las diferencias "espontáneas" que sus categorías de percepción los llevan a considerar pertinentes, son también capaces de acrecentar intencionalmente esas diferencias espontáneas de estilo de vida mediante lo que Weber llama la "estilización de la vida" (*Stilisierung des Lebens*). La búsqueda de la distinción —que puede marcarse en las maneras hablar o en el rechazo del matrimonio desigual*— produce separaciones destinadas a ser percibidas o, mejor dicho, conocidas, o reconocidas como diferencias legítimas, es decir, la mayoría de las veces como diferencias de naturaleza, como cuando se habla de "distinción natural".

* "Matrimonio desigual": *mésalliance*, en el original, es decir, "alianza por casamiento con una persona de condición social inferior" (Dicc. Litré, 1958) o "de clase social inferior o sin fortuna" (Larousse-Lexis, 1979).

La distinción —en el sentido habitual del término— es la diferencia inscrita en la propia estructura del espacio social cuando se le percibe conforme a categorías acordadas a esta estructura; y el *Stand* weberiano, que suele oponerse a la clase marxista, es la clase construida mediante un recorte adecuado del espacio social cuando es percibida según categorías derivadas de la estructura de ese espacio. El capital simbólico —otro nombre de distinción— no es sino el capital, de cualquier especie, cuando es percibido por un agente dotado de categorías de percepción que provienen de la incorporación de la estructura de su distribución, es decir, cuando es conocido y reconocido como natural. Las distinciones, en su calidad de transfiguraciones simbólicas de las diferencias de hecho, y, más en general, los rangos, órdenes, grados o todas las otras jerarquías simbólicas, son el producto de la aplicación de esquemas de construcción que, como por ejemplo los pares de adjetivos empleados para enunciar la mayoría de las valoraciones sociales, son el producto de la incorporación de las estructuras a las que se aplican, y el reconocimiento de la legitimidad más absoluta no es sino la aprehensión como natural del mundo ordinario que resulta de la coincidencia casi perfecta de las estructuras objetivas con las estructuras incorporadas.

De ello concluimos, entre otras consecuencias, que el capital simbólico va al capital simbólico y que la autonomía real del campo de producción simbólica no impide que éste siga dominado, en su funcionamiento, por las fuerzas que rigen el campo social, ni que las relaciones de fuerza objetivas tiendan a reproducirse en las relaciones de fuerza simbólicas, en las visiones del mundo social que contribuyen a asegurar la permanencia de esas relaciones de fuerza. En la lucha por la imposición de la visión legítima del mundo social, una lucha en que la propia ciencia se ve inevitablemente comprometida, los agentes poseen un poder proporcional a su capital simbólico, es decir, al reconocimiento que reciben de un grupo. La autoridad que funda la eficacia performativa del discurso sobre el mundo social, la fuerza simbólica de las visiones y previsiones que apuntan a imponer principios de visión y división de ese mundo, es una *percipi*, un ser conocido y reconocido (*nobilis*), que permite imponer un *percipere*. Los más *visibles* desde el

y oficios, componente esencial de la identidad social.¹⁰ La administración de los nombres es uno de los instrumentos de la administración de la escasez material, y los nombres de grupos y, en particular, la de grupos profesionales, registran un estado de las luchas y de las negociaciones en relación con las designaciones oficiales y las ventajas materiales y simbólicas asociadas a ellas. El nombre de profesión que se confiere a los agentes, el título que se les otorga, es una de las retribuciones positivas o negativas (del mismo modo que el salario) en su calidad de *marca distintiva* (emblema o estigma) que recibe su *valor* de su posición en un sistema de títulos jerárquicamente organizado y contribuye así a la determinación de las posiciones relativas entre los agentes y los grupos. En consecuencia, los agentes pueden recurrir a estrategias prácticas o simbólicas destinadas a maximizar el beneficio simbólico de la nominación: renunciar, por ejemplo, a las gratificaciones económicas que cierto puesto les asegura, para ocupar una posición menos retribuida pero a la que se atribuye un nombre más prestigioso, o bien orientarse hacia posiciones cuya designación sea menos, precisa, con lo cual escapan de los efectos de la devaluación simbólica; también, al enunciar su identidad personal, pueden atribuirse un nombre que los incluya en una clase lo suficientemente vasta para que comprenda también a agentes que ocupan una posición superior, como el maestro que se dice docente.* De manera más general, siempre pueden optar entre varios nombres y jugar con el carácter incierto y los efectos de evanescencia ligados a la pluralidad de las perspectivas para intentar escapar al veredicto de la taxonomía oficial.

Pero donde mejor se ve la lógica de la nominación oficial es en el caso del *título* —nobiliario, escolar, profesional—, que

¹⁰ El diccionario de los oficios es la forma realizada de ese neutralismo social que anula a las diferencias constitutivas del espacio social tratando uniformemente todas las posiciones como *profesiones*, al precio de un cambio permanente desde el punto de vista de la definición (títulos, naturaleza de la actividad, etcétera): cuando, por ejemplo, llaman los anglosajones *profesionales* a los médicos, muestran que esos agentes son definidos por su profesión, que consideran un *atributo esencial*; al "enganchador de vagones", por el contrario, se le define sólo en pequeña medida por tal atributo, que lo designa simplemente como ocupante de un puesto de trabajo; en cuanto al *professeur agrégé*, es definido, como el enganchador de vagones, por una tarea, una actividad, pero también por el título, como el médico.

* La traducción del ejemplo depende de los usos de nominación no sólo idiomáticos sino, sin duda, nacionales o dialectales; tradujimos por "maestro" y "docente" *instituteur* y *enseignant*, respectivamente.

es un capital simbólico garantizado social y aun jurídicamente. Noble no es solamente quien es conocido y famoso, ni siquiera quien goza de reputación y prestigio, en una palabra, *nobilis*, sino quien es reconocido como tal por una instancia *oficial* "universal", es decir, quien es conocido y reconocido por todos. El título profesional o escolar es una especie de regla jurídica de percepción social, un ser percibido garantizado como un derecho. Es un capital simbólico institucionalizado, legal (y ya no solamente legítimo). Cada vez menos dissociable del título escolar, porque el sistema escolar tiende crecientemente a representar la garantía última y única de todos los títulos profesionales, tiene un valor en sí mismo, y, aunque se trata de un nombre común, funciona como un gran nombre* (nombre de una gran familia o nombre propio), y brinda toda suerte de beneficios simbólicos (y de bienes imposibles de adquirir con dinero de manera directa).¹¹ La escasez simbólica del título en el espacio de los nombres de profesión tiende a regir la retribución de la profesión (y no la relación entre la oferta y la demanda de cierta forma de trabajo); la retribución del título tiende a independizarse así de la retribución del trabajo. De esta manera, el mismo trabajo puede tener remuneraciones diferentes según los títulos de quien lo realiza (por ejemplo, titular/interino, titular/suplente, etcétera); dado que el título es en sí mismo una *institución* (como la lengua) más duradera que las características intrínsecas del trabajo, la retribución del título puede mantenerse a pesar de las transformaciones del trabajo y de su valor relativo: no es el valor relativo del trabajo lo que determina el valor del nombre, sino el valor institucionalizado del título lo que sirve de instrumento capaz de defender y mantener el valor del trabajo.¹²

* Por "nombre" tradujimos siempre *nom*; pero sobre todo aquí Bourdieu va a jugar también con el sentido de *nom de famille*, es decir, "apellido".

¹¹ El ingreso en una profesión con título está cada vez más estrechamente subordinado a la posesión de un título escolar, así como es estrecha la relación entre los títulos escolares y la retribución profesional, a diferencia de lo que se observa en los oficios sin títulos en que agentes que realizan el mismo trabajo pueden tener títulos escolares muy diferentes.

¹² Quienes poseen un mismo título tienden a constituirse en un grupo y a dotarse de organizaciones permanentes —colegios de médicos, asociaciones de exalumnos, etcétera— destinadas a asegurar la cohesión del grupo —reuniones periódicas, etcétera— y a promover sus intereses materiales y simbólicos.

ción de las representaciones objetivadas del mundo social y, en particular, de las taxonomías legislativas, en una palabra, el campo de la producción cultural o ideológica, juego en el que el propio científico, como todos los que debaten sobre las clases sociales, está incluido.

El campo político y el efecto de las homologías

Si se quiere comprender más allá de la mitología de la toma de conciencia el paso del sentido práctico de la posición ocupada, *en sí mismo disponible para diferentes explicitaciones*, a manifestaciones verdaderamente políticas es necesario ocuparse de este campo de luchas simbólicas en que los profesionales de la representación, en todos los sentidos del término, se oponen en relación con otro campo de luchas simbólicas. Quienes ocupan las posiciones dominadas en el espacio social también están situados en posiciones dominadas en el campo de la producción simbólica y no se ve bien de dónde podrían llegarles los instrumentos de producción simbólica necesarios para expresar su propio punto de vista acerca de lo social si la lógica propia del campo de la producción cultural y los intereses específicos que en él se engendran no tuvieran el efecto de inclinar una fracción de los profesionales comprometidos en ese campo a ofrecer a los dominados, sobre la base de una homología de posición, los instrumentos de ruptura con las representaciones que se engendran en la complicidad inmediata de las estructuras sociales y mentales y que tienden a asegurar la reproducción continuada del capital simbólico. El fenómeno que la tradición marxista designa como "la conciencia del exterior", es decir, la contribución que ciertos intelectuales aportan a la producción y difusión, en particular en dirección de los dominados, de una visión del mundo social que rompe con la visión dominante, sólo se puede comprender sociológicamente si se toma en cuenta la homología entre la posición dominada de los productores de bienes culturales en el campo del poder (o en la división del trabajo de dominación) y la posición en el espacio social de los agentes más enteramente desposeídos de todo medio de producción económica y cultural. Pero la construcción del modelo del espacio social

que sustenta este análisis supone una ruptura tajante con la representación unidimensional y unilineal del mundo social que sirve de base a la visión dualista según la cual el universo de las oposiciones constitutivas de la estructura social se reduciría a la oposición entre los propietarios de los medios de producción y los vendedores de fuerza de trabajo.

Las insuficiencias de la teoría marxista de las clases, y en particular su incapacidad para dar cuenta del conjunto de las diferencias objetivamente atestiguadas, son el resultado de que al reducir el mundo social al campo económico, esta teoría se condena a definir la posición social solamente por referencia a la posición en las relaciones de producción económica, así como de que ignora al mismo tiempo las posiciones ocupadas en los diferentes campos y subcampos, en particular en las relaciones de producción cultural, y todas las oposiciones que estructuran el campo social y son irreducibles a la oposición entre propietarios y no propietarios de los medios de producción económica; construye así un mundo social unidimensional, organizado simplemente en torno a la oposición entre dos bloques (con lo cual uno de los problemas mayores pasa a ser el del *límite* entre eso dos bloques, con todos los problemas conexos, de eterna discusión, en relación con la aristocracia obrera, el "aburguesamiento" de la clase obrera, etcétera). En realidad, el espacio social es un espacio pluridimensional, un conjunto abierto de campos relativamente autónomos, es decir, más o menos fuerte y directamente subordinados, en su funcionamiento y sus transformaciones, al campo de la producción económica: en el interior de cada uno de los subespacios, los ocupantes de las posiciones dominantes y los de las posiciones dominadas se comprometen constantemente en luchas de diferentes formas (sin constituirse necesariamente por eso como grupos antagónicos).

Pero lo más importante, desde el punto de vista del problema de la ruptura del círculo de la reproducción simbólica, es que sobre la base de las homologías de posición en el interior de campos diferentes (y de lo que hay de invariante, es decir, de universal, en la relación entre dominante y dominado) pueden instaurarse *alianzas* más o menos duraderas y siempre fundadas en un malentendido más o menos consciente. La homología de posición entre los intelectuales y los obreros de la industria —en que los primeros ocupan dentro del campo del poder, es

La clase como representación y voluntad

Pero para establecer cómo se constituye e instituye el poder de constitución y de institución que posee el portavoz autorizado —el jefe de un partido o de un sindicato, por ejemplo— no basta con dar cuenta de los intereses específicos de los teóricos o de los portavoces y de las afinidades estructurales que los unen a sus mandantes; es necesario también analizar la lógica del proceso de institución, habitualmente percibido y descrito como proceso de delegación, en el cual el mandatario recibe del grupo el poder de hacer el grupo. Podemos seguir aquí, trasponiendo sus análisis, a los historiadores del Derecho (Kantorowicz, Post, etcétera) cuando describen el misterio del ministerio, según el juego de palabras sobre *mysterium* y *ministerium* que tanto agrada a los canonistas. El misterio del proceso de transubstanciación que hace que el portavoz se convierta en el grupo que él expresa sólo puede ser penetrado a partir de un análisis histórico de la génesis y del funcionamiento de la *representación* por la cual el representante hace el grupo que lo hace: el portavoz dotado del pleno poder de hablar y actuar en nombre del grupo, y en primer lugar sobre el grupo, por la magia de la consigna, es el sustituto del grupo que sólo existe a través de esa procuración; personificación de una persona ficticia, de una ficción social, arranca a quienes pretenden representar del estado de individuos separados permitiéndoles actuar y hablar por su intermedio como un sólo hombre. En contrapartida, recibe el derecho de tomarse por el grupo, de hablar y actuar como si fuera el grupo hecho hombre: "*Status est magistratus*", "*L'Etat c'est moi*", "El sindicato piensa que...", etcétera.

El misterio del ministerio es uno de esos casos de magia social donde una cosa o una persona se transforma en algo distinto de lo que es, donde un hombre (un ministro, obispo, delegado, diputado, secretario general, etcétera) puede identificarse y ser identificado con un conjunto de hombres, con el Pueblo, los Trabajadores, etcétera, o con una entidad social, con la Nación, el Estado, la Iglesia, el Partido. El misterio del ministerio encuentra su apogeo cuando el grupo sólo puede existir por la delegación en el portavoz que lo hará existir hablando por él, es decir, en su favor y en su lugar. El círculo es entonces perfecto: hace el grupo quien habla en su nombre, que aparece así como el principio del poder que

ejerce sobre aquellos que son su principio verdadero. Esta relación circular es la raíz de la ilusión carismática que hace que, finalmente, el portavoz pueda aparecer y ser visto como *causa sui*. La alienación política encuentra su principio en el hecho de que los agentes aislados no pueden constituirse en grupo —y tanto menos cuanto más desprovistos estén simbólicamente—, es decir, en fuerza capaz de hacerse oír en el campo político, si no se despojan de su identidad en beneficio de un aparato: siempre hay que arriesgar la desposesión política para evitar la desposesión política. El fetichismo es, según Marx, lo que aparece cuando "los productos de la cabeza del hombre aparecen como dotados de vida propia"; el fetichismo político reside precisamente en el hecho de que el valor del personaje hipostasiado, ese producto de la cabeza del hombre, aparece como carisma, misteriosa propiedad objetiva de la persona, atractivo inasible, misterio inabordable. El ministro, ministro del culto o del Estado, guarda una relación metonímica con el grupo; es una parte del grupo, pero funciona como signo en lugar de la totalidad del grupo. Es él quien, en su calidad de sustituto totalmente real de un ser totalmente simbólico, alienta un "error de categoría", como diría Ryle, bastante parecido al del chico que, después de haber visto desfilar a los soldados que componen el regimiento, pregunta dónde está el regimiento: por su sola existencia visible constituye la pura diversidad serial de los individuos separados como persona moral, la *collectio personarum plurium* como *corporatio*, como cuerpo constituido, e incluso, por efecto de la movilización y de la manifestación, puede hacerla aparecer como un agente social.

La política es el lugar por excelencia de la eficacia simbólica, acción que se ejerce por signos capaces de producir cosas sociales, y en particular grupos. En virtud del más antiguo de los efectos metafísicos ligados a la existencia de un simbolismo, el que permite considerar como existente todo lo que puede ser *significado* (Dios o el no ser), la representación política produce y reproduce en todo momento una forma derivada del argumento del rey de Francia calvo, un argumento caro a los lógicos: cualquier enunciado predicativo que incluya a "la clase obrera" como sujeto disimula un enunciado existencial (*hay una clase obrera*). Mas, en general, todos los enunciados que tienen como sujeto un colectivo: Pueblo, Cla-

Bibliografía seleccionada

1. P. Bourdieu, *The Algerians*, Boston, Beacon Press, 1962, 208 pp.
2. P. Bourdieu, con A. Darbel, J.-P. Rivet y Cl. Seibel, *Travail et travailleurs en Algérie*, Paris-La Haya, Mouton, 1963.
3. P. Bourdieu y J.-C. Passeron, "Sociologues des mythologies et mythologies de sociologues", *Les temps modernes*, 211, diciembre 1963, pp. 998-1021.
4. P. Bourdieu y A. Sayad, *Le déracinement, la crise de l'agriculture traditionnelle en Algérie*, Paris, Minuit, 1964, 184 pp. (Hay traducción al español: *Argelia entra en la historia*, Barcelona, Editorial Nova Terra, 1965.)
5. P. Bourdieu y J.-C. Passeron, *Les étudiants et leurs études*, Paris-La Haya, Mouton, 1964, 149 pp. (col. "Cahiers du Centre de sociologie européenne", 1).
6. P. Bourdieu y J.-C. Passeron, *Les héritiers, les étudiants et la culture*, Paris, Minuit, 1964, 184 pp. Nueva edición aumentada: 1966, 192 pp. (Hay traducción al español: *Los estudiantes y la cultura*, Barcelona, Nueva Colección Labor, 1967.)
7. P. Bourdieu, L. Boltanski, R. Castel y J.-C. Chamboredon, *Un art moyen, essai sur les usages sociaux de la photographie*, Paris, Minuit, 1965, 360 pp. (col. "Le sens commun"); nueva edición revisada: 1970, 361 pp. (Hay traducción al español: *La fotografía, un arte intermedio*, México, Nueva Imagen, 1979.)

- sociale", *Information sur les sciences sociales*, X, 2, 1971, pp. 45-79.
25. P. Bourdieu, "Champ du pouvoir, champ intellectuel et habitus de classe", *Scolies*, 1, 1971, pp. 7-26. (Hay traducción al español: "Campo intelectual, campo del poder y habitus de clase", en P. Bourdieu, *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios, 1983.)
26. P. Bourdieu, "Genèse et structure du champ religieux", *Revue française de sociologie*, XII, 3, 1971.
27. P. Bourdieu, "Une interprétation de la sociologie religieuse de Max Weber", *Archives européennes de sociologie*, XII, 1, 1971, pp. 3-21.
28. P. Bourdieu, *Esquisse d'une théorie de la pratique, précédé de trois études d'ethnologie kabyle*, Ginebra, Droz, 1972, 269 pp.
29. P. Bourdieu, "Les stratégies matrimoniales dans le système des stratégies de reproduction" *Annales*, 4-5, julio-octubre 1972, pp. 1105-1127.
30. P. Bourdieu, "Le marché des biens symboliques", *L'Année sociologique*, vol 22, 1973, pp. 49-126.
31. P. Bourdieu, "Three Forms of Theoretical Knowledge", *Information sur les sciences sociales*, 12, (1), 1973, pp. 53-80.
32. P. Bourdieu, "Avenir de classe et causalité du probable", *Revue française de sociologie*, 15, (1), enero-marzo 1974, pp. 3-42.
33. P. Bourdieu, "Les fractions de la classe dominante et les modes d'appropriation des oeuvres d'art". *Information sur les sciences sociales*, 13, (3), 1974, pp. 7-32.
34. P. Bourdieu, "La spécificité du champ scientifique et les conditions sociales du progrès de la raison", *Sociologie et sociétés*, 7, (1), 1975, pp. 91-118.

35. P. Bourdieu, "Méthode scientifique et hiérarchie sociale des objets", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1, enero, 1975, pp. 4-6.
36. P. Bourdieu, "L'invention de la vie d'artiste", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 2, marzo 1975, pp. 67-94.
37. P. Bourdieu, La lectura de Marx: algunas observaciones críticas a propósito de "quelques remarques critiques à propos de 'Lire le Capital' ", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 5-6, noviembre 1975, pp. 65-79.
38. P. Bourdieu, "L'ontologie politique de Martin Heidegger", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 5-6, noviembre 1975, pp. 109-156. (Hay traducción al español: "La ontología política de Martín Heidegger", en P. Bourdieu, *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios, 1983.)
39. P. Bourdieu, "Le langage autorisé. Note sur les conditions sociales de l'efficacité du discours rituel", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 5-6, noviembre 1975, pp. 183-190.
40. P. Bourdieu con Y. Delsaut, "Le couturier et sa griffe. Contribution à une théorie de la magie", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1, enero 1975, pp. 7-36.
41. P. Bourdieu, *Entwurf einer Theorie der Praxis auf der ethnologischen Grundlage der Kabylischen Gesellschaft*, Frankfurt, Suhrkamp, 1976, 496 pp.
42. P. Bourdieu, "Le champ scientifique", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1976, 2-3, pp. 88-104.
43. P. Bourdieu, M. de Saint-Martin, "Anatomie du goût", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1976, 5, pp. 2-112.
44. P. Bourdieu, *Algérie 60*, París, Minuit, 1977.